

"UNA FUERZA DISCIPLINANTE"

Dogmas de la Federación Rural - La ola jacobina y el latifundio - La misión histórica de la campaña - El hombre clásico y el hombre teórico - La concepción estatista y el realismo político - Batle y sus doctrinas - Función de las clases conservadoras - La estancia limitadora del Estado - El Estanciero, levadura de la voluntad nacional - Voces de la conciencia profunda - Cultura autóctona - Bodas reales.

La urgente necesidad de salvar la riqueza y la cultura puestas a peligro siempre por las hordas partidarias o los ideales trasnochados; la legítima aspiración de los rurales de vivir como hombres libres y gozar de todos los bienes de las civilizaciones avanzadas, a que sus cualidades y virtudes les daban indiscutible derecho, y, por último, el sentimiento confuso, pero fuerte, de que el ideal rural de paz y trabajo, de lucha y esfuerzo, de producción y progreso era el más favorable al desarrollo orgánico de la nación, fueron las causas primeras que hicieron brotar en la mente campesina la idea de unir y concertar la inteligencia y la voluntad agrarias en la obra común de la defensa de los intereses rurales y del engrandecimiento material y moral de la campaña, constituyendo por añadidura al unirse, una gran fuerza organizadora, capaz de imponer su ideal de vida a los hombres dirigentes, a los partidos y a los Gobiernos. He ahí la genealogía de la Federación Rural. La idea, vaga y tímida al principio y restringida al círculo de los intereses materiales, ha ido enriqueciéndose con nuevos valores y trascendiendo a lo espiritual, hasta rematar hoy en una verdadera y noble concepción de la vida intensa, que tiene su economía propia, su ética, su política y hasta su filosofía. Y filosofía, política, ética y economía, obrando en amable consorcio y fecundándose mutuamente, dan pie y margen, no solo a un ideal de la clase productora por excelencia, sino a un cuerpo de doctrina, que lleva en sus entrañas los principios espirituales de una regla, más aún, de una verdadera disciplina nacional.

En efecto, los dogmas de la Federación Rural, trabajo como gimnasia del músculo y educación del carácter; el esfuerzo inteligente y armónico como condición ineludible de la prosperidad y la dicha; la paz fecunda como consecuencia del sano funcionamiento del organismo político; el progreso integral de la campaña, es decir, de nuestra fuente única de producción, como factor determinante de la grandeza del país, son, adaptados a nuestro medio e idiosincrasia peculiar, los principios activos de las modernas civilizaciones, las severas disciplinas a que se someten los pueblos que hacen del mundo su legítimo patrimonio, la moral realista, utilitaria y nacional que dictan nuestras necesidades fisiológicas y que a nosotros nos conviene para la salud del cuerpo y la robustez del alma, precisamente por ser carne y enjundia nuestra y haber sido concebida, no en el immaculado vientre de la razón pura, sino en la fecunda matriz de nuestra voluntad de dominio. Ahí, en el misterio de la vida profunda, son engendradas las fuerzas conservadoras de la tradición, que al ver la luz y desafiando las abstracciones, metafísicas y retóricas del instinto revolucionario, crítico o destructor, van derechamente a los hechos, rompen el duro carozo de las realidades y del tutelano de las cosas se alimentan. El ideal agrario, producto rústico y sutil a la vez de las virtudes cimarronas, pero intuitivas de la campaña, coloca en el pináculo de los valores culturales la acción, el esfuerzo viril, la virtud de crear riquezas, poniéndose así, por caso peregrino, al unísono de las novísimas filosofías y las morales de la voluntad y la producción, a donde no llegaron todavía las doctas concepciones urbanas.

Ese ideal de limpia sangre criolla, nace sin comadrón en la soledad de las cuchillas; medra lejos de la influencia de las universidades, los libros y los Gobiernos y cristaliza, al fin, en substancia ética por la virtud sola de los sentimientos y aptitudes que el trabajo, la lucha y el esfuerzo crean y ponderan. Mientras el elemento urbano enervaba carácter, instinto de independencia y espíritu de iniciativa, esperándolo todo de la acción oficial y caía en una especie de marasmo o parálisis de la volición respirando la atmósfera sofocante de las supersticiones políticas, los hombres del campo socialaban inteligencia y voluntad en la dura escuela del "self-government", luchaban a brazo partido con las fatalidades históricas, las dominaban e iban creando la riqueza pública y convirtiéndose, de hecho y por derecho propio, en sus legítimos defensores. Las estancias, que los políticos de nueva cepa llaman despectivamente los latifundios, con una incompreensión de las cosas que movería a risa si no hiciera llorar, han formado las únicas actividades libres del país, porque los estancieros, los latifundistas, eran, en realidad, "los únicos hombres verdaderamente libres y originales de él"; en los latifundios nacieron las virtudes sociales que más necesitamos y más nos rinden; en los latifundios se moldeó, obedeciendo a las presiones de la vida, el tipo nacional más favorable al progreso de la República; en los latifundios se levantaron ayer las barreras de heroísmo que nos salvaron cien veces de la ruina y la miseria después del mortal descorazonamiento que la guerra civil metió en todos los ánimos, y en los latifundios se levanta hoy con la Fe-

deración Rural, la "fuerza", la única fuerza, el dique, el "único" dique, meditando bien los hombres que piensan de las alturas y del llano, capaz de contener en sus cauces de cordura, por estar asentado en la tierra firme del instinto vital de la nación, la ola jacobina que amenaza destruir, no los privilegios de las clases adineradas en bien de los desheredados de la fortuna, sino acabar con los privilegios y las libertades de los unos y los otros, dándole de paso el golpe de gracia a la propiedad, a toda propiedad del hombre; a la riqueza del burgués y a toda riqueza; a la cultura aristocrática y a toda cultura, porque aquella ola, una vez salida de sus naturales quejíos, lo inunda todo; derrumba en su ímpetu ciego lo que sirve y es necesario que perdure de las viejas civilizaciones; apaga las antorchas encendidas por la experiencia de los pueblos y deja en su lugar sobre las ruinas, a guisa de faros salvadores, una serie infinita de odres vacíos, de inflados pellejos, que no iluminan a nadie y a todos extravían, y delante de los cuales se deleitan, declaman y caen en torpes adoraciones, esos lamentables seres que vienen al mundo para cumplir el destino, trágico y cómico a la vez, de vivir confundiendo eternamente las vejigas con las linternas...

Hase dicho que la Federación Rural se organizaba con el presuntuoso intento de contrarrestar la acción del Gobierno e ir, en suma, contra él. Los que tal dijeron no pecaron de perspicaces. La Federación Rural, la campaña, no puede ir contra el Gobierno—que a pesar de ciertas leyes inconsultas, gabelas, contribuciones, y de la tierra injusta al latifundio, trata de servirlo,—por la simplísima razón de que esa actitud belicosa no le incumbe, además de que tiene harta necesidad de él para permitirse el lujo necio de desear su eficaz ayuda. Y si teniendo tanta necesidad de él y esperando tanto de él, alguna vez se resiste a verle sumisa y le pone la proa, hasta donde cabe hacerlo, huelga decir que será con toda la razón del mundo, porque nadie muere a sabiendas, como no sea tonto de caprote o loco de remate, la mano que nos es pródiga en protecciones y larguezas. No, la campaña no irá sistemáticamente contra ningún Gobierno; al contrario, será la mejor colaboradora y el mayor sostén de ellos en lo económico y en lo político. Los recursos que los Poderes Públicos necesitan para cumplir sus altos fines, ella, y solo ella, ha de procurárselos; la autoridad, que ella puede prestarles con un apoyo moral y sus fuerzas físicas, no tienen equivalente en el país. Pero una cosa es el Gobierno, representante y ejecutor de la voluntad general, administrador de justicia y guardián de los intereses nacionales, y otra, muy distinta, las tendencias de los círculos políticos, infeccionados de socialismo estatista, a desconocer aquella voluntad, aquella justicia y aquellos intereses, porque eso, precisamente, es el desgobierno, la injusticia y la arbitrariedad. Sin duda alguna, la campaña, la fuerza conservadora, defenderá el patrimonio hereditario y opondrá, por ley natural, a la acción disolvente de la mentalidad jacobina y las temerarias promesas del romanticismo político, palabrero y ensañador, su conocimiento positivo de lo real, lo necesario y lo inmutable. Y al hacerlo así cumplirá una gran misión histórica, una excelsa función social, que los mismísimos idealistas experimentales, si no son experimentales "sopistas" solamente, concluirán por reconocer, respetar y tener por saludable, ya que ella, disminuyendo con los calmantes del buen sentido la fiebre destructora; defendiendo contra ésta lo que no debe perecer de la tradición; atemperando los excesos de las ideas y las doctrinas, y formando, finalmente, en la escuela de las realidades al hombre de acción, al hombre clásico, al hombre de instinto vital, reverso y correctivo del hombre irrealista, del hombre teórico y del hombre abstracto, restablecerá, a la postre, el equilibrio necesario entre la fuerza conservadora y la revolucionaria, que mantiene vigorosos los organismos políticos e impide que el predominio absoluto de la primera haga imposible todo progreso, o que el desate de la segunda quiebre todo freno y caiga en los más lamentables desvaríos.

Entre nosotros los representantes genuinos del hombre clásico y del hombre teórico, o, lo que es idéntico, del productor y del consumidor o explotador, son respectivamente el estanciero, hijo legítimo de la necesidad, y el político de oficio, especialmente el idealista experimental, enjendro caprichoso de la abstracción. Su antagonismo es radical, como es radical la pugna entre las fuerzas vivas del país, que sustentan al primer en sus copiosas mamas, y el socialismo de Estado, de cuya filosofía de escualdidos pechos se nutre el segundo. Este estatismo, que se jacta, sin serlo, de innovador y revolucionario, tan venido a menos en todas partes y tan condenado y puesto en

solfa por los verdaderos revolucionarios de todos los países, es, si bien se mira, una de las formas pueriles y pedrestres del socialismo "vulgaris" y, sin duda alguna, la más contraria, en el fondo, a pesar de sus afeites democráticos a las aspiraciones legítimas de las clases proletarias. Nada existe en realidad, más contraria a la verdadera emancipación del obrero, que es libertarse material y moralmente de incómodas tutelas; más opuesta al espíritu revolucionario, que pretende romper los cuadros económicos y las jerarquías sociales de la producción burguesa, como ésta rompió los cuadros económicos y las jerarquías sociales de la producción feudal; más antagónica a la mentalidad del taller, enemiga declarada de la razón razonante; más adversa del nuevo orden que tiende a establecer la filosofía de la producción, ni, por otra parte, cosa que más favorezca y acreciente la tiranía de una clase, la esclavitud de las otras, el funcionarismo anemante, la explotación de los productores y el reinado absoluto del intelectual y del político, esos dos productos específicos de la burguesía gozadora y parasitaria, que la concepción del estado administrador, del estado patrón, del estado providencia, el "monstruo frío" que anatematiza Nietzsche, el aristócrata, Proudhon, el anarquista, Marx, el socialista...

Donde quiera que se intentó la experiencia del socialismo de Estado, como en Francia, con otros fundamentos y muy otra métrica que entre nosotros, dicho entre paréntesis, el resultado fué siempre el mismo: anarquía o sumisión, rebajamiento moral e intelectual, despotismo legal, centralización, irrealismo, disminución de las energías productoras, pacifismo estúpido ante las fronteras amenazadas, anti-militarismo, anti-clericalismo, anti-nacionalismo, en resumen, pérdida de la fuerza y la nobleza nacionales. Y por eso, en esa misma Francia, donde se pudo ver y palpar la enorme vaciedad y la apocalíptica simpleza del ensueño jacobino, una formidable reacción contra-revolucionaria y anti-democrática operábase ya, antes de la Grande Guerra, en las zonas antípodas de la nación, que arrasaba a la juventud de los institutos y de las palestras, y también a los elementos más calificados de las clases cultas, al nacionalismo católico y monárquico de la Acción Française, y a los proletarios, no aburguesados ni corrompidos por las Cires de la política, al anti-parlamentarismo y la "acción directa" del sindicalismo revolucionario. Tradición y Revolución, reconciliadas por el instinto vital y unidas en el culto de la energía y la libertad, se levantan atradas contra el estatismo invasor y contra el invasor extranjero y les gritan: atrás. La Francia admirable que lucha en las trincheras, dándole al mundo asombrado un ejemplo de dignidad nacional a la manera antigua; la Francia ensangrentada, que es su exaltación guerrera le dice a los caídos: "Debout les morts", no es la Francia garrula, obtusa, pacifista y superficial de Jaures y Combes, sino la Francia clásica, la Francia heroica y fina de siempre; la Francia de la Pucelle, de Montaigne, Pascal, Napoleón, Bergson, Barres, del aviador Garros y del pugilista Carpen-tier, la "jeune France", en fin, que prefiere al espíritu geométrico, "l'esprit de finesse"; al racionalismo baladí, el intuicionismo profundo; a la inteligencia, "cette petite chose a la surface de nous même"; la voluntad; al idealismo, píeotero y mentiroso, el realismo honrado; al ensueño enfermizo, la acción sana y recunda.

Esta elegante y briosa actitud de la Francia afeccionada por siglo y medio de eferescencia revolucionaria y curada, "par degout", de arrechuchos humanitaristas, singularísimo es que no haya detenido en su rauda vuelo y entibiado en tanto el entusiasmo reformador y la lógica rectilínea a lo Robespierre, de nuestros modernos Licurgos, que se tienen por discípulos y secuaces del espíritu francés, ignorando acaso las cribas y tamicos de más fina crítica por los cuales han pasado en estos últimos años, decantándose de mucha tontería transcendente, las ideas de la Grande Revolución. Más no; sin asomos de dudas, sin pararse en barras, impertinentemente, incautamente, llevados de la mano por ese optimismo candoroso, cuasi virginal, de los que nunca han luchado a brazo partido con la testaruda existencia de las cosas, los idealistas experimentales colocan el cuerpo desnudo de la nación sobre el banco operatorio y pinchan, cortan y sajan a su talento para corregirlo de ciertas pretendidas imperfecciones y hacerlo entrar, quieras que no, en los inflexibles moldes de la concepción estatista! Cuán fácil es transformar las sociedades en el papel y ser generosos, aventajados, hombres de progreso, héroes, haciendo correr tinta paga y dictando leyes que no nos atañen, y cuán difícil y duro resulta luchar en campo raso y conquistar el más pequeño bien exponiendo el pellejo y derramando la áurea sangre del oro, más preciosa aun que la roja sangre de las arterias!

Ni por soñación se me ocurre poner en tela de juicio la sinceridad doctrinaria del jacobinismo oficial; tampoco me parecen del todo importantes o perniciosos muchos adelantamientos de etiqueta roja importados por el señor Batlle y Ordóñez de Francia, Italia, suiza, y hasta de Egipto, y aunque lejos estoy de conceder que sean los zumpo y quintas enseñanzas del idealismo político europeo, satisfo de punto por la sabiduría de los farosones, que eran acabados maestros en eso del estatismo, y llamarlo pontífice y entomarlo un himno con letra de "El Día" y música del doctor de Miero, diesto nada todavía de creer que sólo nos trajó en el fondo de sus maletas de estadista, narcóticos y sueños de momias para las energías viriles de la nación, o que su socialismo sea pura matraaca, bambolla y experiencias dignas de Bouvard y Pécuchet, como quiere la prensa opositora. No teniendo nada que esperar ni que temer del señor Batlle, nada tampoco que agradecerle o reprocharle personalmente, puedo hablar, ya que las exigencias lógicas del buen discurso me ponen en ese disparadero, con franca franqueza y sin deliberado propósito de herirlo o adularlo. Hay que ser justos. Acordado sería vestir al gran hombre de la situación con el manto de los cesares y la chistera burguesa de un Homais de la ciencia política. Tengo para mí, y no hay porque callarlo, que entre los gobernantes actuales de la América latina, ninguno lo sobrepasa en personalidad propia, convicción honda, carácter entero, honradez y pasión de lo que él cree el bien. Al César lo que es del César. En justicia no cabe negar sus revelantes actitudes de ardid, estadista y mandatario de tomo y lomo. Político de recia complejidad moral, adusto y agresivo; doctrinario de inteligencia robusta, aunque geométrica y unilateral; luchador impetuoso por la fuerza de la convicción, rotundo por la rudeza del carácter, lleno de los grandes reversos de sus grandes cualidades, lleno de pasión y fe, y por lo tanto, exclusivo, arbitrario, injusto, ha caído en apasionamientos y errores desconocidos entre los otros mandatarios del país, pero ha tenido también aspiraciones superiores a las de todos estos, y ha gobernado más y con más programa que todos ellos juntos, aunque solo en el sentido de realizarlo, sin detenerse en la elección de los medios ni pararse mucho a considerar si no iba en contra, por veces, de las aspiraciones y las necesidades nacionales. Las reformas de los cuatro gobiernos sucesivos del señor Batlle, juzgándolas con espíritu ecuánime y despojándolas de lo que tienen de dogmático, pedagógico e indigesto, pueden considerarse como concesiones anticipadas a la justicia social que reclaman los tiempos y medidas de alta previsión política para poner al país, aunque un tanto prematuramente, en situación de resolver los problemas que planteará un día la evolución de los intereses y sobre todo, y esto parece haberlo olvidado el señor Batlle, la acumulación capitalista, la cual más que ninguna otra fuerza revolucionaria, rompe los cañerios de la economía clásica y da margen al socialismo de lógicos fundamentos, de legítima cepa marxista; al que sale del taller, de las usinas, de las aglomeraciones obreras y pide la "repartición colectiva para la producción colectiva". Pero este es, en su esencia pura, el sindicalismo y no el socialismo de los mandarinatos, esa concepción híbrida de la burguesía parasitaria, que le brinda una copa de aguardiente al obrero y una pipa de opio al burgués productor. Ambos, si se dejan explotar, se desvirtúan y quedan inhabilitados para cumplir su cometido histórico.

Desgraciadamente el socialismo batllista pertenece a esta última categoría. El ciudadano, el patriota y el hombre son buenos, y aun dire que excelentes; el doctrinario es malo. Esto explica la dualidad y las contradicciones del señor Batlle. Cuando obra el hombre clásico todo va bien, cuando obra el teórico todo va mal. Así, por ejemplo, su buen sentido e inveterado amor del progreso, lo llevan a crear escuelas, institutos y campos de experiencia agronómicos para ilustrar a los ganaderos e intensificar la producción de las estancias, y al mismo tiempo sus teorías lo inducen a gravar la campaña con inconsiderados impuestos y llamarles a las estancias "matifundios", sin echar de ver que estas no pueden ser económicamente otra cosa que lo que son, y que siendo como son, aun cumplido y cumplen muy encumbrados fines, entre otros el de preparar los materiales preciosos y únicos de nuestra verdadera independencia nacional.

Y la doctrina me parece errónea y nociva no tanto por lo que es en el cerebro del precursor, sino por lo que tiende a ser y fatalmente será en el espíritu de los prosélitos. Desde luego ya aparece inspirada por los lugares comunes de Jaures y la rimbombante retórica jacobina, mandada retirar hace años de la dialéctica europea, pero que goza nuevamente de grande predicamento entre los "jóvenes" turcos y los "jóvenes" chinos. Sin ideas filosóficas de buena casta, sin enjundia de sólida matifundia y ayuna en absoluto del sentido de las realidades, la tal doctrina, por la fuerza de las cosas, y de ello ha dado en más de una ocasión claros indicios; caerá en la demagogia estatista y propenderá a destruir los cimientos seculares de la familia y la propiedad, por la simplísima razón de que la familia y la propiedad, cosas que, en cierto modo, se implican, han sido siempre limitadoras del Estado y lo que más tenazmente resiste a la hipertrofia de éste; por causas semejantes—lo hemos visto en los sepelios de José Pedro Ramírez y Julio Herrera y Obes y lo vemos de continuo en el sintomático procedimiento de hacer un alto funcionamiento de cualquier intento idealista—tendrá a doblegar el tieso cogote a las superioridades sociales y las voluntades libres, tan necesarias a todo progreso, porque la hipertrofia del Estado, para derramarse en holgazanes y masas gregarias; y de idéntico modo, y siempre por la misma razón cardinal, en la diaria brevedad del vivir las selecciones humanas, orientadas por el estatismo, favorecerán la supremacía del hombre teó-

rico, sobre el práctico, con lo cual a la larga, las clases productoras, energías y activas, serán esclavizadas por la casta esquilmente de los funcionarios, los leguleyos, los políticos, por la plaza de reformadores de chicha y hablo, de esos que, desde el fondo de las bibliotecas y las oficinas transforman la realidad sin conocerla, la vida sin vivirla, substituyendo forzosamente en su incauto afán, los hechos con espejismos, los actos con imágenes, de suerte que, poca a poca, en vez de echar hondos raíces en las feraces tierras del planeta, nos iremos descaujando del terreno vital, hasta vivir todos, con las raíces al sol, en los países abstractos del Limbo...

El socialismo de Estado es la parálisis general de las democracias. El mal, si toma cuerpo, no tiene cura, y lleva a las naciones a los manicomios o a los cementerios de la historia. Corriendo desatentadamente tras los fuegos fatuos del idealismo social, muy honestos y bien intencionados varones pueden incurrirnos, malogrados, a cometer errores tanto más graves, cuanto más generosos. La vida y la razón sólo se dan la mano cuando la razón se somete y se hace la servidora de la vida. Las buenas intenciones suelen ser malas consecuencias; ellas hacen de los hombres de buena fé los reformadores más peligrosos. Su sinceridad los induce a juzgarse infalibles y proclamar parodiando a Luis XIV: "el Estado somos nosotros". Son optimista. Creen en la realidad bruta de las cosas. La duda no arranca la bravia convicción. Carece su inteligencia de esa fina sal de escepticismo e ironía que les quita a los credos lo amargo e indigesto y los convierte en drogas apetecibles. No tienen la noción de lo relativo. No saben distinguir al acatar las leyes inflexibles del mundo. Prefieren siempre a lo bueno positivo lo mejor problemático, sin pararse un punto a considerar si lo mejor no es generalmente el enemigo de lo bueno. Con harta frecuencia lo destruyen y ponen en su lugar una muerta ilusión.

Más que a los intelectuales; más que a los hombres dirigentes, les incumbe a las clases conservadoras la misión, cuasi divina, de proteger esas "buenas" relativas, pero reales, mientras el espíritu innovador anda a caza del pájaro azul. Será altamente provechoso para todos que la Tradición, teniendo a sus pies la testa decapitada de la Quimera, se levante frente a la Revolución coronada de pámpanos. La única fuerza real, que por su misma naturaleza económica y sin inmiscuirse en la política ni atacar a nadie, y menos que nadie al gobierno, puede, por el solo hecho de existir, ponerle coto a la hipertrofia estatista y ejercer en nuestro medio social por acción refleja, por el peso decisivo de los intereses, la saludable influencia que la Tradición y el Sindicalismo en Francia, además de fomentar el progreso del país como ninguna comunidad de este, ningún partido, ninguna fuerza está en condiciones de hacerlo, es la Federación Rural, porque la Federación es la campaña, vale decir, la riqueza nacional y la energía productora, por excelencia, de la República; es la estancia, o sea la propiedad típica de la nación; es el estanciero o el hombre de acción aborigen, el hombre realista que vive en sagrada comunión con la necesidad y por cuya boca habla el instinto vital del terruño patrio. De la campaña salieron con Artigas y sus gauchos nuestras libertades políticas y de la campaña saldrán, con otro hombre clásico, si hemos de tener algún día cultura propia, nuestras libertades sociales, nuestra independencia pecuniaria y nuestra emancipación intelectual.

La historia económica y la historia social del país están por escribirse. Cuando se haya hecho podrá aquilatarse la influencia primigenia y decisiva que en todo progreso han ejercido la campaña, la estancia y el estanciero. Son los tres vértices del triángulo-base sobre el que se va elevando majestuosamente la pirámide nacional. En todo país existen siempre un tipo social castizo, producto específico del medio, que vive en comunicación más íntima que sus compatriotas con las realidades ambientales y en el cual diráse que se concreta y alquilara el "deseo de poder" de la nación entera. Ese tipo es el fermento viril de la masa ciudadana, la levadora de la voluntad nacional, el realismo rotundo de la patria hecho corazón humano. Aun que superficiales apariencias lo ocultan, la riqueza, la prosperidad, la dicha pública a él se le deben. El determina los hechos que dan luego pábulos a las ideas y ejecuta los actos que, como las señales de los caminos, orientan al viandante. En todo está presente y ordena, aunque no salga de sus barcas, de sus minas o de sus ranchos. El intelectual es un servidor suyo, y las manifestaciones sociales, superestructuras de su trabajo, tan misteriosas como el de las raíces que elaboran en el seno de la tierra el sustento de la planta y el aroma de la flor.

Cuando las energías oscuras y dispersas de ese tipo social tienden a hacerse conscientes y organizarse, suena para las repúblicas la hora solemne, el instante único del fruto colmado y original. Urge aprovecharlo. El ideal de vida intensa, brote robusto del terruño uruguayo, entraña entre mil valores económicos, los principios espirituales de una civilización autóctona. Las clases directoras y las clases que crean la riqueza, deben abrirles las puertas del alma a las voces de la conciencia profunda. Mejor que los textos dictados por ajenas inspiraciones; mejor que las teorías extrañas a nuestra personalidad; mejor que las doctrinas hechas con materiales exóticos y que nos vendrán cortas o largas, prietas o harto holgadas, ellas nos dirán sigilosamente al oído, lo que podemos hacer, lo que debemos hacer, lo que nos conviene hacer. Ellas saben lo que quiere la raíz, ellas conocen el pensamiento de la tierra.

A la finanza, al comercio y a la industria, cuya vida pende de la vida de la campaña; a las instituciones de crédito y asociaciones de fomento, particularmente a las rurales, les corresponde, porque nobleza obliga y responde, por lo reclaman, dar la nota aguda del entusiasmo y el fervor. Las asociaciones, sobre todo, tienen una grande obra que realizar. Como defensoras de los intereses agrarios se traccionarían y traccionarían la causa rural, si no lo hicieran con brío y osadía. Lo que ellas pensaron, desearon y acariciaron como en sueños,

está contenido, con todas sus consecuencias lógicas e infinitas proyecciones, en los estatutos de la Federación. Dos maneras había de concebir a ésta: la pequeña, encerrada en los límites de lo exclusivamente económico y que, por lo tanto, de la aspiración rural sólo contenía una parte mínima, y la grande, que paralelamente se propone fomentar el desarrollo y crear las virtudes que el desmoronamiento de esos intereses reclama, dilatando así su influencia a todos los horizontes morales de la tierra uruguayo. Sólo a esa Federación grande le será dado, por la amplitud de sus miras y la calidad de sus medios, intensificar y concentrar el esfuerzo creador de los rurales y de las clases productoras en general, en una acción común, generadora de riquezas, energías propias y cultura castiza; sólo de esa acción común surgirá la fuerza rural entera y armada de lanza y escudo, y sólo de esa fuerza saldrán un día la prosperidad y la independencia verdaderas del país. Es ilusorio pretender aumentar de inmediato la capacidad productora de la campaña, sin movilizar al propio tiempo las facultades que la sirven, ni crear tampoco el espíritu y el ambiente favorables a aquella expansión. La producción, cuando es muy vigorosa, y a la larga, acaba por hacerse siempre, aunque no sin dar inútiles rodeos y correr peligrosas aventuras, pero es más rápida y seguro alisarle el camino y facilitarle los medios. Esa será el cometido especial de las estancias y las asociaciones rurales en sus respectivas zonas de influencia, y ese el cometido general de la Federación en la campaña toda. Las estancias, las asociaciones, departamentales, las regionales, las locales, unidas por los mismos principios e idénticos intereses y puestas en amistoso contacto por la Federación con la Finanza, la Industria y la Inteligencia, constituirán una avasalladora voluntad de vida, capaz de ponernos de un golpe a la temperatura moral de los organismos políticos robustos y perfectos.

Y esa voluntad existe; sólo hace falta coordinar las energías de sus centros nerviosos. Estos son los ranchos campestres, las estancias, las asociaciones rurales de los departamentos. El lazo federativo, por el hecho de unir a esos diversos focos de producción y hacerlos cooperantes, los agranda, liberta y ennoblece. Lejos de explotarlos en provecho propio, la Federación les ofrece ayuda pecuniaria, moral e intelectual; lejos de limitar sus funciones, la Federación los estimula a dilatarlas a lo moral y a lo político, entendiéndose por moral la formación de las virtudes sociales que son necesarias para el esfuerzo propio, las iniciativas osadas y el espíritu de cooperación, y entendiéndose por política el cumplimiento de los deberes cívicos, a que nuestras mismas leyes nos obligan, y el introducir en los partidos tradicionales, por medio de los afiliados a ellos que también lo sean de la Federación, y se contarán por miles, los principios activos del ideal agrario, los cuales, puestos en circulación por Montecoses y Capiletes en las esferas políticas, favorecerán la necesaria evolución de aquellos partidos y harán que el desdeseoso Poder acepte la blanca mano que hace tiempo le ofrece la Campaña.

C. Reyes.